

PENITENCIA.

¿Qué es penitencia?

La palabra *penitencia* se deriva de *pena* y *tener*: es, propiamente hablando, la acción de tener pena, aplicársela, *ponere tenentiam*... En sí misma, la penitencia, dice S. Ambrosio, es el dolor del corazón, y la amargura del alma por los pecados que se han cometido: *Penitentia est dolor cordis, et amaritudo anime pro malis que quisque admisit.* (De Penit.)

La penitencia es la reforma de una vida desordenada, el cambio completo de costumbres disolutas...

La penitencia es una muerte que no priva de la vida; mata al hombre de pecado, sacrifica los apetitos de la carne, y los sacrifica á Dios...

Necesidad de la penitencia.

En aquellos días, dice el Evangelio, vino Juan Bautista, predicando en el desierto de la Judea, y diciendo: Haced penitencia; *Venit Joannes prædicans, et dicens: Penitentiam agite.* (Math. III. 1-2). Decía también: Ya la segur está á la raíz de los árboles. Todo árbol, pues, que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego: *Jam securis ad radicem arborum posita est. Omnis ergo arbor que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.* (Id. III. 10).

Si no hacéis penitencia, pereceréis todos igualmente, dijo Jesucristo: *Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. XIII. 3). Y para inculcar mejor la necesidad de la penitencia, repite: Os lo digo: Si no hacéis penitencia, pereceréis todos igualmente: *Dico vobis: Si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. XIII. 5). He venido á llamar á los pecadores á la penitencia, añade: *Veni vocari peccatores ad penitentiam.* (Luc. v. 32).

Si la gracia va unida á la penitencia, dice S. Ambrosio, el que se cansa de hacer penitencia, renuncia á la gracia: *Si gratia est ex penitentia, qui fastidit penitentiam, abdicat gratiam.* (De Penit.)

Habiendo S. Pedro echado en cara á los judíos el haber crucificado á Jesucristo, Hijo de Dios y verdadero Mesías, muchos de ellos sintieron arrepentimiento, y dijeron á Pedro y á los demás apóstoles: ¿Qué haremos, hermanos? S. Pedro les contestó: Haced penitencia: *Penitentiam agite.* (Act. II. 38-39).

Castigo mi cuerpo, dice el gran apóstol, y le redazo á servidumbre, no sea que, después de haber pecado los demás, me encuentre yo también reprobado: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo, ne forte postquam alius predicaverim, ipse reprobus efficiar.* (I. Cor. IX. 27).

Segun vuestras órdenes, Señor, dice el Salmista, he marchado por el rudo camino de la penitencia: *Propter verba laborum tuorum ego custodivi vias duras.* (XVI. 5).

El comestible no salado se echa á perder: sin la sal de la penitencia, se corrompen las costumbres, y el cuerpo se abandona al desórden, ó cuando menos á la relajación.

Habéis abandonado vuestra primitiva caridad, dice el Señor en el Apocalipsis al ángel de Efeso. Acordaos, pues, de dónde habéis caído, y haced penitencia; si no, bien pronto llegaré á vosotros, y quitaré vuestro candelero de su lugar, á no ser que hagáis penitencia: *Caritatem tuam primam reliquisti. Memor esto itaque unde excideris, et age penitentiam: sin autem, venio tibi, et movebo candelabrum tuum de loco suo, nisi penitentiam egeris.* (II. 4-5).

Jamás, dice S. Gregorio, jamás perdonará Dios al que peca, porque no deja el delito sin castigo. O el pecador se castiga á sí mismo, ó Dios, entrando con él á juicio, le hiere (1).

Habiendo el emperador Teodosio querido excusarse de haber hecho asesinar varios habitantes de Tesalónica, citando el ejemplo de David, que había hecho morir á Urias, S. Ambrosio le respondió: Ya que habéis imitado á David en su extravío, imitadle en su penitencia: *Quem secutus es errantem, sequere penitentem.* (Pauli diae. VII. imp. Theod.)

Si no hacemos penitencia, dice el Eclesiástico, caeremos en manos del Señor, y no en manos de los hombres. *Si penitentiam non egerimus, incidemus in manus Domini, et non in manus hominum.* (II. 28).

Mortificad vuestros miembros, dice S. Pablo á los colosenses: *Mortificate membra vestra.* (III. 5).

Jesucristo no se limita á recordar que hagamos penitencia; desde su encarnación y nacimiento en un establo hasta su muerte en la cruz, padece para expiar los pecados del mundo...

Ejemplos de penitencia.

San Juan Bautista predica la penitencia, y él mismo, desde la edad de dos años hasta su martirio, no cesa de practicarla... Los apóstoles predicán la penitencia, y no dejan de castigar su cuerpo y de implorar el perdón del universo sumergido en todos los vicios.

Ved á Sta. María Magdalena, Sta. María Egípcíaca, Sta. Thais, los mártires, los confesores, las vírgenes, los anacoretas, las órdenes monásticas, y sobre todo las de los penitentes, etc... Todos los Santos de todos los siglos, hasta los que se distinguieron por la pureza de su vida, se dedicaron á una vida penitente.

Ved también un ejemplo en los ninivitas:

Jonás, por orden del Señor, fué á la gran ciudad de Ninive; penetró allí, y después de un día de marcha gritó, diciendo: Dentro de enarenta días Ninive quedará destruida. Los ninivitas creyeron al Señor; publicaron un ayuno, y se cubrieron de cilicios, desde el mayor el más pequeño. La palabra de Jonás llegó á oídos del rey: se levantó de su trono, despojóse de sus vestidos, se cubrió con un saco, y se sentó en la ceniza. Luego pregonaron y publicaron por

(1) Delinquenti Dominus nequaquam parcat, quia delictum sine ulione non deserit. Aut enim ipse in hoc se penitens punit, aut hoc Deus cum homine vindicans percucit. (Lib. IX. Moral., c. XXVII).

todas partes por órden del rey y de los grandes: Se manda que los hombres no tomen alimento alguno, y que los caballos, los bueyes y las ovejas no entren en los pastos ni beban agua; que los hombres se cubran de ceniza, lo mismo que los animales; que sus oraciones se eleven al Señor y que todo habitante se convierta y huya de la iniquidad que le mancha. (Jon. III).

David y el emperador Teodosio fueron modelos de penitencia, etc...

Excelencia de la penitencia. Las lágrimas de los penitentes son el vino de los ángeles, dice S. Bernardo: *Lacryma penitentium vinum sunt angelorum* (Serm. III. in Cant.) Una lágrima de penitencia, dice S. Anselmo, quema más á los demonios que todos los fuegos del infierno. (Monolog.)

Pedro renegó de su maestro; pero tuvo tan profundo sentimiento, que derramó amargas y abundantes lágrimas: *Flevit amare*. Las lágrimas de la penitencia, dice S. Ambrosio, lavan los pecados. Las lágrimas no imploran el perdón; lo merecen. O tú que has caído antes de llorar, Pedro, apenas derrámaste lágrimas, que ya te levantaste: *Lacrymae lavant delictum: lacrymae veniam non postulant, sed merentur. Nam, qui lapsus es (Petre), antequam feres, postquam flevisi, erectus es.* (In Evang.)

La penitencia es un sacrificio para el pecado; con ella se ofrece á Dios la maceración de la carne en expiación de las faltas cometidas...

Hablando del rey Josías dice el Eclesiástico: La memoria de Josías es como un suave perfume preparado por una mano inteligente. Su recuerdo será grato á todos los hombres, como la miel á la boca, y como los cantos en un festín. ¿Por qué? Porque ha sido dirigido por el Cielo para hacer entrar al pueblo en la vía de la penitencia, y ha hecho desaparecer las abominaciones de la impiedad: *Ipse est directus dirigitus in penitentiam gentis: et tulit abominatio- nes impietatis.* (XLIX. 1-3).

¿Qué cosa, dice S. Bernardo, qué cosa más admirable, ó qué martirio más riguroso que el que resulta de la voluntad de sufrir hambre en medio de los banquetes, de sufrir frío cuando se poseen muchos preciosos vestidos, de permanecer pobre en el seno de las riquezas que ofrece el mundo, riquezas que Satanás ostenta á nuestra vista, y que nuestro apetito desea? No será coronado con justicia el que así haya combatido, cerrando el oído á las promesas del mundo, riéndose de las tentaciones del enemigo de los hombres, y lo que aún es más glorioso triunfando de sus inclinaciones, y crucificando la concupiscencia que le solicita? (1).

Ventajas de la penitencia. María Magdalena, de quien habian salido siete demonios, fué la primera que tuvo la dicha de ver á Jesucristo resucitado, porque habia hecho penitencia...

El hombre, dice S. Agustín, fué victorioso en un muladar (en la persona

(1) Quid admirabilis, aut quod martyrium gravius, quam inter epulas esurire, inter vestes multas et pretiosas algere; paupertate premi inter divitias, quas offert mundus, quas ostentat malignus, quas desiderat noster ipso appetitus? An non merito coronabitur qui sic certaverit, mundum abiciens promittentem, irridens inimicum tentantem, et quod gloriosus est, de semetipso triumphans, et crucifigens concupiscentiam prurientem. (Serm. I. in Fest. Omn. Sanct.)

de Job), y fué vencido en el Paraíso (en la persona de Adán): *Homo vicit in stercore; victus est in Paradiso.* (Homil.)

El que sabe hallar su alimento en el ayuno, su reposo en la oración, su pan en la palabra de Dios, su vestido en los harapos, su lecho en una triste manta extendida en el suelo, y aquel cuya alma se entretiene con el Señor en santas vigiliass, ha encontrado el verdadero reposo, dice S. Paulino (1).

Dos cosas hay que son un excelente preservativo contra el pecado, la confesión frecuente y la penitencia...

La penitencia, dice S. Crisóstomo, es el remedio más eficaz de que podemos valernos en nuestras heridas; cura y hace desaparecer tan bien los úlceras de las almas, que no deja cicatriz ni huellas de ninguna clase, lo que es imposible en las heridas del cuerpo (2).

Señor, dice la Sabiduría, tenéis lástima de todos los hombres, porque todo lo podeis, y dispensais sus pecados cuando hacen penitencia: *Misereris omnium, quia omnia potes, et dissimulas peccata hominum propter penitentiam.* (XI. 24).

La penitencia, dice S. Isidoro, es un bálsamo para las heridas, la esperanza de la salvación; con ella se incita la misericordia de Dios; con ella se castiga y se reprime la carne corrompida: *Penitentia est medicamentum vulneris, spes salutis; per quam ad misericordiam provocatur; qua omnis cruciatur et mortificatur caro.* (Lib. III de Summo bono).

Pecador, dice Tertuliano, acógete á la penitencia y abrázala, como el naufrago se apodera de una tabla de salvación: ella os sacará de las peligrosas olas de los pecados, y os llevará al puerto de la divina clemencia (3).

¡O penitencia, exclama S. Crisóstomo, ó penitencia, que por la misericordia de Dios consigues el perdón de los pecados y abres el Paraíso, das nuevas fuerzas al abatido, alegras el corazón enristecido, das vida á los muertos, vuelves al pecador al estado de gracia, le das su dignidad perdida, le inspiras confianza, reparas sus fuerzas, y haces bajar á su alma una gracia más abundante! ¡O penitencia! ¿cómo cantaré tus maravillas? Rompes todas las cadenas, reprimes toda tibieza, dulcificas toda adversidad, curas toda llaga, disipas todas las tinieblas, y reparas todo lo que se halla desesperado! ¡O penitencia, más brillante que el oro, más radiante que el sol, tú á quien el pecado no vence, la decepcion no abate, y la desesperacion no ahuyenta! ¡O penitencia, madre de la misericordia y maestra de las virtudes, tus obras son grandes, esas obras con las que justificas á los culpables, curas á los pecadores, levantas á los que han caído, y devuelves la esperanza á los desesperados! Por tí se apoderó en un instante Cristo del buen ladrón para colocarlo en su reino; por tí Da-

(1) Cui refectio in jejuniis, requies in oratione, et panis in verbo, habitus in panis, lectus in sagulo, durus in terra, et sanctae animae in Domino vigilare, requiescere est. (Epist.)

(2) Penitentiae pharmacum maximum est nostrorum vulnere remedium, sic animarum ulcera curans et abolens, ut neque cicatrix, neque verruca apparitura sit, quod in corporis vulneribus non est possibile. (Serm. de Penit.)

(3) Penitentiam tu, peccator, ita invade, ita amplectare, ut naufragus alicujus tabulae fidem; hanc te peccatorem fluctibus mersum protevabit, et tu portum divinae clementiae protevabit. (Lib. I de Penit.)

vid, recobrando la felicidad despues de su erimen, recibió de nuevo al Espíritu Santo (1).

Aprended cuán ventajosa es la penitencia, puesto que borra todos los crímenes, obtiene misericordia, triunfa de Dios y de la venganza del soberano Juez, ligado al mismo Omnipotente... Haced penitencia, hijos míos, dice el Señor por boca de Jeremías, volved á mí, y curaré vuestras iniquidades: *Convertimini, filii, revertentes, et sanabo aversiones vestras.* (III. 22).

Comprended lo que es la penitencia, y como de los pecadores hace hombres. La penitencia repara todos los errores, todas las fallas de la vida: apacigua á Dios, y nos lo vuelve propicio; hace desaparecer los escándalos, cambia el espíritu y el corazón, y todo lo renueva...

La penitencia, dice S. Agustin, cura las languideces, da salud á los leprosos, resuscita los muertos, aumenta la salud, conserva la gracia, endereza los cojos, da vista á los ciegos, ahuyenta los vicios, embellece las virtudes, protege y fortifica el alma (2).

¿Quién pecó en el mundo más gravemente que Pablo? dice S. Pedro Crisólogo. ¿Quién cometió en la religion una falta más enorme que Pedro? Sin embargo, ambos merecieron por su penitencia, no sólo llegar á ser Santos, sino maestros en santidad (3).

Si, dice el Señor por boca de Jeremías, si esta nacion se arrepiente por haber cometido el mal que ha provocado mis amenazas, yo tambien me arrepentiré del mal que habia resuelto hacerle: *Si penitentiam egerit gens illa a malo suo, quod locutus sum adversus eam; agam et ego penitentiam super malo, quod cogitavi ut facerem ei.* (XVIII. 8).

La penitencia es una virtud tan poderosa, que obliga á Dios á manifestarse no sólo misericordioso hácia el pecador convertido y á amarte, sino tambien á obedecerle, á velar por él, á protegerle y á combatir en favor suyo. Per esto exclama con razon Hugo de S. Victor: ¡O penitencia llena de fruto y de fuerza! ¡O virtud poderosa, que no puede quererse bastante, mediadora fidelísima entre Dios y el pecador! ¡O segunda tabla despues del naufragio! ¡O refugio de los indignos, socorro de los miserables, esperanza de los desterrados, sostén de los débiles, luz de los ciegos, vara que reprime la inclinacion al deleite, cerradura que cierra la puerta de la prision de los vicios, y depósito de las virtu-

(1) O penitentia, quae peccatum, miserante Deo, remittit et paradisum reseras, quae contritam sanas hominem, et tristem exilaras, vitam de interitu revocas, statum restauras, honorem renovas, fiduciam das, reformas vires, gratiamque abundantiore refundis! O penitentia, quid de te reformas? Omnia ligata tu solvis, omnia soluta tu reseras, omnia adversa tu mitigas, omnia contrita tu sanas, omnia confusa tu lucidas, omnia desperata tu animas. O penitentia, rutilantior auro, splendoris sole, quam non vincit peccatum, nec delectio superat, nec desperatio delet! O penitentia, misericordiae mater, et magistra virtutum! Magna opera tua, quibus reos resolvit, ac relictis delinquentes, lapsos relevas, recessas desperatos. Per te subito rapit latronem Christus ad regnum; per te David post flagitium, felix iterum, recipit Spiritum Sanctum. (Serm. de Penit.)

(2) Penitentia langores sanat, leprosos curat, et mortuis suscitavit; sanitatem auget, gratiam conservat; claudis grossum, caecis restituit visum; vitia fugat, virtutes exornat, mentem munit, et roborat. (Lib. de Penit.)

(3) Quis in seculo peccavit enormis Paulo? quis in religione gravior Petro? Illi tamen per penitentiam meruerunt assequi, non solum ministerium, sed etiam magistratum sanctitatis. (De Miser.)

des! ¡O penitencia! tú sola vences al soberano Juez; justificas al hombre ante el Creador, y triunfas del Omnipotente. Cuando pareces vencida, alcanzas la victoria; cuando sufres los santos rigores de la expiacion, sacrificas los vicios; hiriendo, curas; y en el momento mismo en que la muerte viene á terminar tu obra saludable, empiezas un reino glorioso. Ante ti, callan todas las demás virtudes; sola, subes con atrevimiento al trono de Dios. Conduces de la mano á David á la reconciliacion, levantas á Pedro, iluminas á Pablo, haces entrar al Publicano á la asamblea de los apóstoles: de la prostitucion, levantas á María Magdalena á la más alta santidad, la unes á Jesucristo; pones en el número de los elegidos al ladrón clavado en un patíbulo. ¡Qué dichosos efectos producen todavia! La Corte celestial te pertenece de derecho; allí donde se hallaba la más profunda inigencia, haces reinar la abundancia; apacigas el hambre; cambias el oprobio en gloria; haces inútiles los ataques y la crueldad de los demonios, descubriendo su fealdad, la infeccion que esparcen y la eterna muerte que les sigue; ahuyentas el hambre y la sed, conduciendo á la fuente de vida, haces producir el céntuplo á los campos ántes áridos y estériles; disipas la tristeza, é inspiras la alegría; borras la vergüenza, y con tus cuidados nos consuelas y la gloria te sustituyen; borras las injurias, y das la paz; resucitas á los muertos, y con un poco de ceniza concedes una corona. (De Penit.)

La penitencia, dice S. Jerónimo, tiene tal poder, que devnelve al pecador todas sus antiguas virtudes y todos los méritos que habia adquirido ántes de caer. (Epist.) Este es tambien el parecer de Sto. Tomás y de todos los teólogos. Así es que, con auxilio de la penitencia el que ha pecado vuelve á la vida sobrenatural para gozar cada día de mayor gracia; pues á las antiguas gracias añade la gracia de la resurreccion espiritual, que es la gracia de las gracias...

Ninive recibe de la misma boca de Dios la sentencia de su ruina: hace penitencia; y queda salva. Queriendo Dios asustar á aquella ciudad, dice san Agustin, la corrige, experimentándola y la cambia amenazándola. Ninive recurrir á la penitencia, y Dios le perdona. (In Jon. Proph.) La iniquidad de Ninive queda borrada porque se arrepintió, dice S. Gaudencio: *Eversa est iniquitas ejus, quia poenituit.* (In Jon. Proph.)

La penitencia borra todos los crímenes, calma la ira del Cielo, transforma á los esclavos de Satanás en amigos de Dios, y de hombres injustos, impíos, infieles y culpables, hace hombres justos, piadosos, fieles y Santos. La penitencia anula la maldicion, y la sustituye con la gracia y la justificacion. Cierra el infierno, y abre á los pecadores el seno de Dios. Así hablan S. Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Agustin, Tertuliano y otros doctores...

San Bernardo llama á la penitencia vengadora de los crímenes y nodriza de las virtudes: *Ultricem vitiorum, altricem virtutum.* (Serm. de S. Andrea). Mi penitencia, añade aquel santo Doctor, es el alimento de Jesucristo. La repression me corrige, la inmolation me purifica. Hemos hecho la alegría de los ángeles, cuando hemos abrazado la penitencia: *Cibus (Christi) penitentia mea. Emundor, cum arguor, decoquor, eum immolor; exultare fecimus angelos, quando conversi sumus ad penitentiam.* (Serm. LXXXI. in Cant.)

El que, prudente con habilidad, ha hecho penitencia, ha podido borrar en poquísimos tiempo los crímenes de una larga vida, dice S. Crisóstomo: *Qui,*

multa cum solertia, penitentiam ostendit brevi temporis momento, longevi temporis peccata delere potuit. (Homil. ad pop.)

Qualidad de la penitencia.

1.º La penitencia debe ser fuerte y enérgica. Escuchad al gran apóstol: Os lo digo: El que siembra poco, poco cosechará; y el que siembra con abundancia, cosechará también con abundancia: *Hoc autem dico: Qui parce seminat, parce et metet; et qui seminat in benedictionibus, benedictionibus et metet;* (II. Cor. IX. 6).

La prontitud con que Dios perdonó á David, dice S. Ambrosio, manifestó cuán grande y sincera fué su penitencia: *Maturitas venit profundam fuisse regis penitentiam declaravit.* (De Penit.)

2.º La penitencia debe ser humilde... Como una tierra árida que no ha recibido ninguna simiente no puede dar fruto, así también, sin humildad, nadie puede hacer verdadera penitencia. En efecto; ¿á qué la penitencia, sino porque somos pecadores? Así pues el pecado es una rebelion, que sólo se nos perdona cuando nos humillamos...

3.º La penitencia debe ir acompañada del temor de Dios. No estés sin temor por el pecado perdonado, dice el Eclesiastés: *De propitiato peccato non esse sine metu.* (v. 6).

4.º La penitencia, debe herir la carne. Mortificad vuestros miembros, dice S. Pablo: *Mortificate membra vestra.* (Coloss. III. 5). Si vivís según la carne; moriréis; pero, si con el espíritu mortificáis los actos de la carne, viviréis: *Si secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificationem feceritis, vivetis.* (Rom. VIII. 13).

Si los soldados de Gedeon, dice el abate Isólas, no hubiesen roto sus vasijas de tierra, la claridad de las lámparas no hubiera aparecido. Si el hombre no desprecia y no castiga su cuerpo, no verá la luz de Dios. Si Jahel, esposa de Aber-Ciney, no hubiese tenido en la mano un clavo, no habría muerto al soberbio Sisara. Si el alma quiere marchar hácia Dios, debe trabajar para crucificar todos los vicios de la carne. (Vit. Patr.)

5.º La verdadera penitencia, dice S. Gregorio, consiste en detestar los pecados cometidos y en evitarlos para el porvenir: *Penitentia est perpetua peccata plangere, et plangenda non committere.* (Homil. XXXIV. in Evang.)

La penitencia, dice S. Agustín, es una especie de venganza que ejerce el que se arrepiente: castiga en sí mismo lo que se arrepiente de haber cometido: *Penitentia est quaedam dolentis vindicta, puniens in se, quod dolet commississe.* (De vera et falsa Penit., c. VIII).

6.º La penitencia debe comprender todas las facultades del hombre... La penitencia, dice S. Crisóstomo, es la contrición en el corazón, la confesion en la boca, y la humildad en las obras: *Penitentia est contritio in corde, confessio in ore, in opere humilitas.* (Serm. de Penit.)

El que con la virtud del Espíritu Santo, dice Ricardo de S. Victor, comprime fuertemente las aspiraciones de la carne y las del corazón, hace una penitencia perfecta. Sin la penitencia del alma es inútil la penitencia del cuerpo. (De Statu inter hom.)

La penitencia debe extenderse á los ojos, á los oídos, á la lengua, á las manos y á los piés, á los actos y á todas las épocas de la vida... Debe ser ex-

terior, y sobre todo interior. Debe reinár en los pensamientos, los deseos y los afectos, la inteligencia, la memoria y la voluntad, el espíritu y el corazón. Es de todas las edades y de todas las condiciones...

7.º La penitencia debe continuarse hasta la muerte... S. Clemente, discípulo de S. Pedro y sucesor suyo, asegura que aquel apóstol tuvo un dolor tan grande por su caída, que hizo penitencia durante toda su vida, y cada noche, al cantar el gallo, se prosternaba y derramaba amargas y abundantes lágrimas, de manera que sus ojos estaban siempre encendidos. (Hist. Eccles.)

Los que desean con ardor practicar las mortificaciones de la penitencia, dice S. Gregorio, las buscan como el minero que cava para hallar un tesoro: cuanto más se acerque á su objeto, más ardor pone en su obra: *Qui plene mortificationem appetunt, quasi effodientes thesaurum querunt; quia, quanto sunt viciniore ad finem, tanto se exhibent ardiores in opere.* (Homil. XXXIV. in Evang.)

La penitencia debe comenzar con la vida, y acabar sólo con ella...

La hermosura y suavidad de la rosa compensan ventajosamente de las espinas que la rodean y que mortifican á los que la cogen. El deseo de la ganancia y la esperanza de volver á ver la patria, dulcifican las penas de los navegantes, que arrastran los peligros del mar... La esperanza de la curacion hace prescindir de la amargura del remedio... Así también el cristiano que quiere tener la alegría de una buena conciencia, halla fácil y dulce el pensar...

Por otra parte, la gracia viene en auxilio del penitente. Los consuelos que se encuentran en los sufrimientos son muy superiores á todas sus amarguras. Dios hace que los consuelos sean proporcionados á la penitencia... Por esto S. Pablo, que se entregaba á muy grandes ansteridades, exclamaba: Estoy lleno de consuelos, nado en la alegría al sufrir todas nuestras tribulaciones: *Repletus sum consolatione; superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4).

He hallado, dice S. Ambrosio, he hallado más fácilmente personas que hayan conservado su inocencia, que personas que hayan hecho una penitencia conveniente: *Facilius inveni, qui innocentiam servaverint, quam qui congrue egerint penitentiam.* (Lib. II de Penit. c. X).

Dios ha dado al hombre medios y tiempo para hacer penitencia, dice Job; y en su orgullo, éste abusa: *Deiit et Deus locum penitentiae, et ille abutitur eo in superbiam.* (XXIV. 23).

El pecado que no está destruido por la penitencia, arrastra pronto, con su propio peso, á otros pecados, dice S. Gregorio: *Peccatum, quod penitentia non deletur, mox suo pondere ad aliud trahit.* (Homil. XXIV. in Evang.)

La penitencia es un freno; el que lo descuida, se ve muy pronto arrastrado por el demonio, el mundo y la carne...

¡Ay! ¿qué costumbres son las de los que huyen de la penitencia, no la quieren y la aborrecen? Van de exceso en exceso, de crimen en crimen, de abismo en abismo, recorren en sus caídas todos los grados del vicio y de la desgracia, sin poder fijarse en ninguno... Sólo pararán en el infierno...

La penitencia no es penosa.

Rara es la verdadera penitencia.

Excesos á que se entregan los que descuidan la penitencia. Son dignos de lástima.

Castigos reservados á los que no hacen penitencia.

Todo árbol que no lleva buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego, dice S. Juan Bautista: *Omnis arbor, que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.* (Math. III. 10).

Si no hacéis penitencia, todos pereceréis, dijo Jesucristo: *Nisi penitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.* (Luc. XIII. 5).

El pecado no puede quedar sin castigo; si el pecador no se castiga á sí mismo, Dios le castigará...

O penitencia, ó muerte eterna...

Medios de hacer eficazmente penitencia.

San Pedro Damian indica el medio de hacer una buena y sincera penitencia. Queréis, dice, queréis saber cómo, en el seno de la paz de la Iglesia, podréis adquirir dos méritos de martirio? Llegad al tribunal de vuestra conciencia, y dirigios la pregunta... Acuse el pensamiento, juzgue la razon, cumpla la penitencia las funciones de ejetor, y llame; corran tambien las lágrimas. Y con esta imitación del martirio llegaréis á la dignidad de los que han derramado su sangre por la fe. (*In Epist.*)

Para hacer buena y sincera penitencia, se necesita además:

- 1.º Acordarse de los pecados...
- 2.º Imitar á Magdalena, de quien dice S. Gregorio: Halló tantos holocaustos para ofrecer, cuantos fueron sus gozes; hizo tantos actos de virtud, cuantos fueron los crímenes que cometió; y esto, á fin de que quedase empleado en el servicio de Dios por medio de la penitencia todo lo que habia redundado en desprecio de Dios con las culpas (1);
- 3.º Temer por los pecados cometidos...
- 4.º No perder de vista el tiempo que tiene el hombre seguro, pues sólo puede disponer del presente...
- 5.º Despreciar el mundo...
- 6.º Humillarse...
- 7.º Pensar en el infierno...
- 8.º Acordarse del Cielo...
- 9.º Meditar en la pasion y muerte de Jesucristo...

(1) Quod habuit in se oblectamenta, tot de se invenit holocausta; convertit ad numerum virtutum, numerum criminum; ut totum serviret Deo in penitentia, quidquid ex se Deum contempserat in culpa. (*Homil. XXXIII.*)

PERDON DE LAS INJURIAS.

Dios ha impuesto á los cristianos la obligacion no sólo de perdonar las injurias que hayan recibido, de no aborrecer á sus enemigos, y de no tratar de vengarse de ellos, sino tambien de amarles y de hacerles bien. Obligacion de perdonar.

Oid á Jesucristo: Ya sabéis lo que está dicho: Amaréis á vuestro prójimo, y aborreceréis á vuestro enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y grad por los que os persiguen y calumnian: *Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.* (Math. v. 44.) S. Lúcas trae las siguientes palabras del Salvador: Os lo digo, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen. Bendecid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que os hiera en una mejilla, presentadle tambien la otra (1).

Amaréis, dice tambien Jesucristo, amaréis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y vuestro espíritu. Este es el primero y el mayor de los mandamientos. El segundo se le parece: Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos. Estos mandamientos encierran toda la ley y los profetas (2).

Aún más: Os mando que os améis los unos á los otros: *Hec mando vobis, ut diligatis invicem.* (Joann. XV. 17).

Tened cuidado, escribe el gran apóstol á los tesalonicenses; tened cuidado que nadie haga á otro mal por mal; buscad antes bien la felicidad los unos de los otros y de todos: *Videte ne quis malum pro malo alicui reddat; sed semper, quod bonum est, sectamini in invicem et in omnes.* (I. v. 15).

Tenemos este mandamiento de Dios, que el que ama á Dios ame tambien á su hermano, dice el apóstol S. Juan: *Hoc mandatum habemus á Deo, ut qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* (I. IV. 21).

Si ves que el jumento de un enemigo tuyo ha caído con su carga, dice el Señor en el Exodo, no pases adelante, y ayúdale á levantarle: *Si videris asinum odientis te jacere sub onere, non pertransibis, sed sublevis cum eo.* (XXIII. 5).

Sufrid á vuestros enemigos, dice S. Gregorio; amad antes bien como hermanos á los que sufris: *Tolerate adversarios vestros, sed ut fratres diligite, quos toleratis.* (Moral.)

(1) Vobis dico: Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos. Benedicite maledicentibus vobis, et orate pro calumniantibus vos. El qui te percutit in maxillam, prebe et alteram. (VI. 27-29).

(2) Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut teipsum. In his duobus mandatis, universa lex pendet et prophetas. (Math. XII. 37-40).

Jesucristo nos
ha dado ejem-
plo de amor á
los enemigos.

Desde lo alto de la cruz, Jesús decía: Padre mio, perdonaos, porque no saben lo que se hacen: *Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* (Luc. XX. 34). Reuniéndose al rededor suyo, sus enemigos, transportados de furor y animados de odio implacable, gritaban: Crucifícadle. Jesucristo dijo á su Padre: Perdonadlos...

Isaías habia predicho que el Salvador rogaria por sus perseguidores: *Pro transgressoribus rogabit.* (LIII. 12).

Jesucristo pone sobre todo el misterio de pasion el sello de su intigne y admirable amor. Olvidando en cierto modo sus crueles dolores, y olvidándose á sí mismo, ora por sus enemigos y por los que le crucifican. Jesucristo nos enseña así á triunfar del mal haciendo bien, á hacer buenos servicios en cambio de los daños que nos causen, á amar á nuestros enemigos y á vencerlos generosamente, para que lleguen á ser nuestros amigos, y amigos de Dios...

Jesucristo es un espejo vivo de misericordia, y su ejemplo es el más poderoso aguijon que puede hacernos perdonar. Con las entrañas de su misericordia, se ha levantado en las alturas del Cielo para visitarnos: *Per viscera misericordie visitavit nos, oriens ex alto.* (Luc. I. 78). Vino para aliviar y curar nuestras miserias, que eran numerosísimas y muy grandes. Aunque éramos enemigos suyos, derramó sobre todos nosotros los tesoros de su bondad, ora en la encarnacion, ora durante su vida, y sobre todo en la cruz. ¿Queréis tener una viva imagen de la ternura, de la misericordia y caridad de Jesucristo? Contempladle en la cruz, donde es todo miseria, dolor y heridas, porque es todo caridad, ternura y misericordia. No sólo derramó sobre nosotros esos tesoros en su encarnacion, durante su vida y su muerte, sino despues de su resurreccion, y nos los prodigará durante toda la eternidad; ha sido, es y será todo caridad, todo misericordia. Como dice santo Tomás en uno de los hermosos himnos del oficio del Santísimo Sacramento, Jesucristo con su nacimiento se hizo hermano y compañero nuestro; al fin de su vida se hizo nuestro alimento; en la hora de su muerte fué el precio de nuestra libertad; y en el Cielo, en donde reina, se nos da por recompensa:

*Se nascens dedit socium,
Convalescens in edulium,
Se moriens in pretium,
Se regnans dat in præmium.*

San Bernardo dice: Jesucristo fué azotado y coronado de espinas; tiene las manos y los piés clavados; está puesto en la cruz, lleno de oprobios. Y sin embargo, olvidando todos sus dolores, exclama: Padre mio, perdonaos, pues no saben lo que se hacen. ¡Con qué presteza olvida los ultrajes y perdona! ¡O Señor, qué grandes y múltiples son vuestras misericordias! ¡Qué apartados están vuestros pensamientos de los nuestros! ¡Cuánta piedad os inspira el impio! ¡Cosa admirable! Jesucristo exclama: Perdonadlos. Y los judíos: Crucifícadle: *Ille clamat: Ignosce. Judæi: Crucifige.* O judíos, tenéis corazones empedernidos; herís la misericordia encarnada de la que sale el óleo de la caridad. ¡Con qué delicias, ó Señor, embriagais á vuestros amigos en el Cielo,

llegando á derramar el óleo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican y maldicen! (*Serm. de Pas. Dom.*)

La caridad, dice S. Crisóstomo, ignora lo que es un oprobio y una deshonra, y cubre con sus alas de oro los vicios de cuántos abraza: *Probrum et detestans quid sit, ignorat caritas; alis aureis omnium, quos complectitur, vitia tegit.* (In Catena).

Los Santos han dado los más hermosos ejemplos del modo de perdonar las injurias. Véase la vida del casto y caritativo José. Debemos, dice S. Ambrosio, debemos admirar justamente á José, quien antes de la predicacion del Evangelio observó la siguiente conducta; herido, no se vengó; atacado, perdonó; vendido, no aplicó la pena del talion, sino que devolvió beneficio por ultraje. Todos, con la predicacion del Evangelio, hemos aprendido á conducirnos de la misma manera. ¡Y sin embargo no podemos hacerlo! (1).

Los judíos, llenos de ciego furor, apedrean á S. Esteban, que cae de rodillas exclamando: Señor, no les inculpeis por este pecado: *Positis genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum.* (Act. VII. 58-59.)

Somos maldicidos, y bendecidos, dice el apóstol de las gentes; somos perseguidos, y lo sufrimos; injuriados, y oramos: *Maledicimus, et benedicimus; persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus.* (I. Corint. IV. 12-13).

San Ambrosio devolvía siempre bien por mal, y no se vengaba de las injurias sino con beneficios. (*Ita Augustinus*).

Antes de trabar una batalla contra Eugenio, el emperador Teodosio publicó un edicto por medio del cual perdonaba todas las injurias que se hubiesen podido cometer contra su persona, ya de palabra, ya con acciones. Si es por ligereza indiscreta que alguno ha hablado contra nosotros, no debemos prestar atención á ello; si es por locura, debemos compadecernos, y si es con deliberado propósito, queremos perdonar. (*Socrat., Hist. eccles., lib. VII, c. XXII.*)

Habiéndose rebelado por un nuevo impuesto que el emperador Teodosio habia establecido para hacer guerra contra el tirano Máximo, los habitantes de Antioquia llevaron su insolencia al último extremo: arrastraron ignominiosamente por calles y plazas las estatuas del emperador, de su hermano, de sus dos hijos y de la emperatriz, y las rompieron. Teodosio determinó castigar severamente á los habitantes de aquella ciudad culpable. Por su parte, Flavio, obispo de Antioquia, trató de calmar la ira del emperador, diciéndole entre otras cosas: Es verdad que los habitantes de Antioquia me han comisionado á fin de tratar de conseguir una gracia de la que se juzgan enteramente indignos; pero yo vengo tambien en nombre del Soberano Señor de los ángeles y de los hombres, para declararos que, si perdonais las faltas cometidas, os per-

(1) Jure mirandus Joseph, qui hoc fecit ante Evangelium, ut Jesus, parceret; apertus, ignoscere; venditus, non referret injuriam; sed gratiam pro contumelia solveret. Quod post Evangelium omnes didicimus; et servare non possumus! (lib. II. Offic., c. VII.)

Los Santos le
han imitado.

donará también las de que sois reo. Muy diferente de los otros diputados, que se os presentan con ricos regalos, yo no me presento más que con la ley de Dios para rogaros que imiteis el ejemplo que os dió el Salvador al expirar en la cruz. Profundamente conmovido, el emperador no contestó más que pocas palabras: Si Jesucristo, nuestro soberano Señor, perdonó á sus verdugos, y hasta oró por ellos, dijo, yo no debo titubear en perdonar á los que me han ofendido. ¿No soy yo un hombre miserable como ellos, y servidor del mismo amo? (*Socrat., Hist. eccles., lib. VII, c. XXII.*)

No se puede, decía S. Pemen, ahuyentar el mal con el mal; así pues, cuando alguno se porta mal con nosotros, hacédele bien, para que podáis vencer el mal por medio del bien. (*Vit. Patr.*)

¡Qué hermosas son las palabras pronunciadas por el mártir S. Leon en el momento en que más padecía! Señor, que no queréis la muerte, sino la conversión de los pecadores, exclamó, hacéd que los autores de mi muerte os conozcan y obtengan el perdón de sus crímenes, por los méritos de vuestro único Hijo Jesucristo, nuestro Salvador. Y expiró. (*In ejus vita.*)

Unos monjes guiados del odio envenenaron la copa de S. Benito. En el momento en que el Santo se disponía á beber, habiendo hecho, como solía, la señal de la cruz en el vaso, éste se rompió al punto. El cálabe abate reconoció en aquel prodigio que el vaso contenía una bebida mortal; pero, lejos de manifestarse admirado, dijo con dulzura á aquellos monstruos: Dios os lo perdona. (*Surius, in ejus vita.*)

San Antonio perdonó generosamente á un asesino que le había asestado una puñalada. (*Surius, in ejus vita.*)

San Ubaldo fué derribado al suelo por un hombre furioso. El pueblo, indignado, amenazó al culpable con un castigo terrible. Este se arrojó entonces á los pies del Santo, que por todo castigo se contentó con abrazarle y librarle del castigo. (*Surius, in ejus vita.*)

Habiendo el hermano de Juan Gualberto, hijo de una poderosa familia de Florencia, sido asesinado en tiempos de disturbios por uno de sus enemigos, Juan resolvió hacer cuanto estuviere en su mano para vengar su muerte. No tardó en presentarse la ocasión. El mismo día de viernes santo halló á su enemigo en un paso tan estrecho, que ni uno ni otro podían evitarse. Juan echó mano de la espada, y se dispuso á pasarle el cuerpo. Viéndose el asesino perdido, se arrojó á sus plantas, y con los brazos extendidos en cruz, le conjuró por la pasión de Jesucristo que no le quitase la vida. Gualberto, conmovido por aquel espectáculo, le dijo: No puedo negaros lo que me pedís en nombre de Jesucristo; no sólo os concedo la vida, sino también mi amistad. Y se abrazaron. Bendecido por Dios, sobre todo por esta generosa acción, Juan Gualberto llegó á ser un gran Santo y el fundador de una orden ó congregación célebre en la Iglesia. (*In ejus vita.*)

Podrían citarse muchísimos ejemplos igualmente notables del perdón de las injurias...

Los mismos paganos perdonaban á los enemigos.

En el libro duodécimo de sus *Historias diversas*, Elien cuenta que Focion, general ateniense, fué condenado á morir envenenado, siendo inocente. En el momento en que el verdugo le presentaba la copa fatal, le preguntaron si algo

mandaba para su hijo, á lo cual respondió: Sólo tengo que encomendarle que se olvide de la bebida que los atenienses me han presentado, y que bebo: *Mando ei ut obliviscatur potus hujus, quem nunc ab atheniensibus oblatum bibo.*

El rey Antígona tenía la costumbre de decir que el perdón era más poderoso que la venganza. (*Anton. in Meliss.*)

César Augusto perdonó á Cinna, que había tramado su muerte. Le mandó presentarse, y le dijo: Cinna, te perdono la vida, aunque primero hayas sido enemigo mio, y luego un conspirador y un parricida. El emperador hasta llegó á ofrecerle el consulado. Tanta generosidad conmovió al cabo á Cinna, de modo que fué adicto á Augusto, quien, al morir, le dejó parte de su fortuna privada. (*Senec. de Clementia.*)

Habiendo Damóstenes sido insultado por uno de sus rivales, contestó: No quiero trabar una lucha en la que es mucho más preferible ser vencido que vencedor. (*Plutarco., Vit. illust. vir.*)

Habiendo cierto sujeto injuriado á Aristipo de Cyrene, contestó el filósofo: Tú puedes ultrajarme; pero yo puedo eschucharte con calma. (*Plutarco., ibid.*)

Ciceron dijo de Julio César: No se suele olvidar más que de las injurias: *Nihil est oblivisci solent, nisi injurias.* (Orat. pro Marcello.)

El sabio, dice Séneca, es superior á la injuria: *Sapiens injuria superior est.* (De Clementia.)

Los mundanos creen que es vil y vergonzoso el perdonar una injuria; pero se engañan, pues es muy honroso aprovechar la ocasión de practicar un acto de virtud heroica, como es el acto de perdonar, de reconciliarse y de amar á su enemigo. Por esta razón, el hombre que sabe olvidar y perdonar una ofensa, es sin duda alguna un hombre superior. Dueño de su ira y de la pasión de la venganza, merece estimación y gloria.

De una cosa fútil, dice Eurípides la lengua imprudente hace surgir grandes altercados, profundos odios y luchas deplorables; pero el hombre prudente se guarda muy bien de excitar querellas y provocar ofensas; con su magnanimidad calma los odios más terribles. (*Plutarco., Vit. illust. vir.*)

Es preferible y es también más digno de un gran corazón el perdonar una injuria, que el quedar vencedor en una disputa, dice Musonio: *Satius est, et excelso viro dignius, injuriam vincere, quam litem.* (Anton. in Meliss.)

Pitaco, uno de los siete sabios de Grecia, que encontró un día ocasión de vengarse de una injuria, dijo: Mejor es el perdón que la venganza: el perdón es propio de un carácter pacífico, y la venganza no cuadra más que á un espíritu de fera; *Venia ultione melior est: illa namque mitis est ingenti, haec ferinti.* (Ita Laertius.)

Pitágoras dice: Considerad como una gran habilidad el sufrir la inesperienza de los otros: *Magnam peritiam existimato, qua ferre potes aliorum imperitiam.* (Plutarco., Vit. illust. vir.)

El que con perjuicio suyo se venga de su enemigo, dice Teofrasto, se castiga en vez de castigar: no impongas, pues, á vuestros enemigos una venganza que puede perjudicaros más que á ellos: *Qui inimicum suo cum malo vindicat, dat potius poenam quam ab illo sumat; non autem illa inimicos ulciscaris, ut tibi magis quam illis obsis.* (Plutarco., ibid.)

El perdón de las injurias es una prueba de grandeza de alma, una victoria y un triunfo.

Guardar silencio cuando nos insultan, dice Plutarco, es un acto grande, propio de Sócrates y de Hércules; pues ambos despreciaban, como el susurro de un insecto, las palabras injuriosas. (*Anton. in Meliss.*)

Callarnos en presencia del que nos insulta, y no responder nada al que nos provoca, es una victoria completa, dice Valerio Máximo: *Plena victoria est ad clamantem tacere, nec respondere provocanti.* (Plutarco.)

Efectivamente; el hombre que así obra, halla su recompensa y su gloria en su paciencia y en la curación del prójimo. Así como no hay locura mayor que contestar á los que están furiosos, nada es tampoco más hermoso y más útil que guardar silencio cuando nos provocan; el hombre sabio y prudente no hace caso de las palabras injuriosas que le dirigen, recordando aquella sentencia de Séneca: El vituperio de los malos es una alabanza: *A malis vituperari, laudari est.* (De Clementia.)

San Crisóstomo habla de un modo admirable de la grandeza del alma, de la victoria del que perdona las injurias. Enseña que es preciso vencer á nuestro enemigo, no por la venganza, sino por la paciencia, el desprecio de los ultrajes y las burlas. En los combates olímpicos, la ley era vencer causando daño al adversario; pero en la lid abierta por Jesucristo sucede otra cosa. No es aquí el que hiera quien debe ser coronado, sino el herido. Si estuviésemos llenos de mansedumbre, seríamos invencibles y no podrían las ofensas hacernos mella. Preguntad á vuestro enemigo si no sufre y no se mira como vencido cuando os rets de sus insultos y los despreciais (1).

Preguntaban á Teodosio el Joven por qué no castigaba severamente á los que le ultrajaban. ¡Ojalá, contestó, pudiese yo dar vida á los muertos, en vez de condenar á muerte á los vivos! (*Socrat., Hist. eccles. lib. VII. c. XXII.*)

El alma en la que reina la caridad y la clemencia se parece al Cielo. Y así como el Cielo, muy espacioso, abraza la tierra, la calienta con los rayos del sol, la fecundiza, la riega con lluvias bienhechoras, y la refresca con suaves rocíos; así también el alma elevada abraza en su generosidad, su dulzura y su caridad, á los habitantes de toda la tierra, á los bárbaros y á sus mismos enemigos; hace bien á todos los que puede, y riega con su misericordia los sitios más áridos y más horribles, los desiertos llenos de abrojos y espinas, es decir, los corazones llenos de odio y de vicios, y los convierte en fértil campo de Jesucristo. Y así como el firmamento y todos los astros conservan siempre su pureza, su brillo y esplendor, sin que puedan llegar á ellos las más negras nubes, los vientos, las tempestades, el trueno ni el rayo, una alma grande y caritativa es superior á toda ofensa ó irritación; nada de esto puede llegar á ella...

Tened entendido que nada es más grande, más noble ni más glorioso que olvidar un ultraje...

Cuando os hieren y ultrajan, dice S. Ignacio de Loyola, estad firmes como un yunque; pues es propio de un atleta generoso ser herido y vencer: *Firmiter dum cæderis quasi incus stalo; generosi athleteæ est cædi et vincere.* (In ejus vita).

(1) In olympicis certaminibus diabolo consecratis lex est, malefaciendo vincere in stadio Christi, omnino lex est contraria: hic enim, non eam qui percussit, sed qui percutitur, coronari decretum est. Si mansuetudinem exhiberentis, essentis omnibus insuperabiles; nec ulla ad nos injuria perveniret. Roga inimicum an non dolent, an non censeat se victum, cum rides, cum contemnis ejus injurias. (*Hemil. ad pop.*)

Las ofensas son materia para ejercitar la virtud, dice S. Gregorio Nazianceno; las adversidades la hacen sobresalir, y la embellecen. Ninguno es más fuerte que los que están prontos á sufrirlo todo: *Virtutis materia est molestia, et adversis ornatio redditur. Nihil est fortius tuis, qui ferre omnia parati sunt.* (Distinc.)

Nada nos hace tan dignos de respeto como el saber sufrir una injuria, dice S. Crisóstomo: *Nulla res æque facit venerabiles atque injuriam sustinere.* (Moral.)

Decir que hemos de vengarnos perdonando y amando, es considerado por el mundo ciego como una paradoja, como una opinión loca y extravagante, y sin embargo, es la más hermosa de las venganzas, es una venganza gloriosa y divina. Así se vengó Jesucristo del género humano culpable; así se han vengado también todos los Santos.

No hay corazón tan grande, tan noble, ni tan respetable como el que es bastante capaz para dar lugar al perdón. No hay corazón más vil, más mezquino y más digno de desprecio que el que jamás supo perdonar.

Prestad oído á las palabras de Jesucristo: Si perdonais á los hombres sus ofensas, dice, vuestro Padre celestial os perdonará las vuestras; pero, si no perdonais las ofensas de los demás, el Padre celestial no os perdonará tampoco los pecados (1).

El abate Juan decía: Sufrir las injurias es abrir la puerta del Cielo: *Porta Cæli est injuriarum permissio.* (Vit. Patr., lib. VII. c. IV.)

El que os insulta os pone en el caso de ejercer un acto de gran virtud y de mucho mérito; os da ocasión de ganar una victoria y de conquistar una corona. No os hace, pues, daño alguno; pues, al contrario, os proporciona un bien si sabeis tener paciencia. Los que os atacan de palabra y de hecho, no son enemigos, ni verdugos, sino expendedores de coronas; lejos de dañar, nos sirven...

Los que sufren con resignación una ofensa, quedan victoriosos del demonio, que ha hecho nacer el insulto, y les impele á la ira y á la venganza; del insultador, que ve inutilizado su ataque; y de sí mismos, habiendo podido ceder al deseo de castigar á su adversario. Triunfan ante Dios, que los recompensa con abundantísimas gracias, destinándoles la gloria eterna; y finalmente ante los circunstantes y testigos, que admiran su prudencia, su paciencia, su bondad, su caridad, y se sienten inclinados á imitarles...

Todo lo debemos sufrir por Dios, á fin de que él también nos tolere. Sufrámonos unos á otros con paciencia, para que Dios nos sufra á todos con dulzura, indulgencia y misericordia...

Útil y ventajoso es, dice S. Gregorio Nazianceno, encadenar la audacia con la mansedumbre, y hacer mejores á los que nos ofenden, llevando con paciencia lo que nos hacen sufrir: *Utile est audaciam mansuetudine vinciri, et meliores reddere injuriam facientes, quæ nobis inferuntur, patienter ferendo.* (Distich.)

(1) Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester celestis delicta vestra; si autem non dimiseritis hominibus, nec Pater vester dimittet vobis peccata vestra. (*Matth. VI. 14-15.*)

Ventajas que se hallan en el perdón de las injurias.

Cuando álguien os insulta, dice S. Crisóstomo, no le echeis la culpa, sino al demonio, que le impelo; y haced recaer sobre este último toda vuestra ira; en cuanto al desgraciado que sigue el impulso del enemigo, compadecedle (1).

Si tengo paciencia en las injurias, dice Tertuliano, no sufriré, y no sufriendo, no desearé vengarme: *Si patienter incubabo, non dolebo; si non dolebo, ulcisci non desiderabo*. (De Patient., c. IX).

Dios, añade aquel grave autor, se encarga de guardar lo que la paciencia le confia. Si le dais en depósito la ofensa que os han hecho, la vengará; si el perjuicio que os han ocasionado, lo reparará; si el dolor que os han causado, lo curará; y si la muerte sufrida sin queja, os resucitará (2).

Sacáis tres grandes ventajas de la paciencia que manifestáis, y del perdón que concedéis á los que os insultan. Sois victoriosos contra vuestro enemigo, edificais al prójimo, y merecis las recompensas del Señor, vuestro Dios. Así Saul, conmovido por un beneficio de David, reconoció sus yerros, y le dijo: Eres mejor que yo; pues me has hecho bien, y yo te he pagado con ingratitud... Si tenéis buenos proceder para con vuestro enemigo, confundís y atormentais al maligno espíritu, que es autor de toda la enemistad que os profesa vuestro adversario. Nuestra caridad y nuestra paciencia son el tormento del infierno, devorador de envidia, de malicia y de odio...

La misericordia es reina, dice S. Crisóstomo, verdaderamente reina, y hace que los hombres sean semejantes á Dios: *Misericordia regina est, vere regina, similes faciens homines Deo*. (Moral.)

Los hombres crueles y sin piedad están expuestos á la venganza de cualquiera; á cada paso tienen que temer su ruina, porque su iniquidad les precede y el odio de Dios y de los hombres les persigue. Por el contrario, los hombres de misericordia, los que saben perdonar, no tienen que temer injuria ni violencia, porque su dulzura, la gracia de Dios y la amistad del prójimo les preceden, los acompañan y les siguen...

Oigamos á Jesucristo: Os lo digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace levantar su sol sobre buenos y malos, y bajar la lluvia sobre justos é injustos; porque, si no amais más que á los que os aman, ¿qué recompensa alcanzaréis? ¿No lo hacen tambien los publicanos? Y si no saludais más que á vuestros hermanos, ¿qué hacéis más que todos los hombres? ¿No lo hacen los paganos? Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos. (Math. v. 44-48).

No perdonar es un crimen.

Todo el que aborrece á su hermano, es homicida, dice el apóstol S. Juan: *Omnis qui odit fratrem suum, homicida est*. (I. III. 15). Le mata en su corazón, expulsándole y deseándole el mal...

El odio al prójimo no puede amalgamarse con el amor á Dios: Si alguno

(1) Cum quis te offendit, noli ad ipsum aspiceret, sed ad demonem impellentem, et iram totam in illum effundit; illius autem miserere, qui a demonem impellit. (Homil. ad pop.)

(2) Sequenter patientia est Deus: si injuriam deposueris penes eum, ultor est; si damnum, restitutor est; si dolorem, medicus est; si mortem, resuscitator est. (De Patient., c. xc.)

dice que ama á Dios y aborrece á su hermano, añade el mismo apóstol, miente; porque si no ama á su hermano, á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? (1).

El hombre rencoroso es muy culpable, como dice S. Basilio. (Homil.)

No perdonar es un pecado de tal naturaleza, que, si no perdonamos, Dios no nos perdonará. Y perdonar es un acto tan meritorio, que cumpliéndolo, podemos estar seguros de perdón. Dios obra respecto de nosotros según oremos con nuestro prójimo. Cuando perdonamos, Dios nos perdona; cuando nos vengamos, Dios se venga. Así es que Dios nos ha dejado la elección del juicio que debe aplicársenos: suave, si perdonamos; inexorable, si conservamos odio contra nuestros enemigos...

Expresamente lo dice Jesucristo: Si perdonais á los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará las vuestras; pero, si no perdonais á los demás, vuestro Padre celestial no os perdonará tampoco. (Math. VI. 14-15).

Mal servidor, dice en el Evangelio el amo, ó más bien Jesucristo; mal servidor, te he perdonado tu deuda, porque me lo has pedido. Y así como yo me he compadecido de ti, ¿no debías tú haberte compadecido de tu compañero? Y el amo, irritado, lo entregó á los ejecutores, hasta que pagó toda su deuda. Así obrará mi Padre celestial, concluye Jesucristo, si cada uno de vosotros no perdona de corazón lo que su hermano le deba: *Sic et Pater meus celestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris*. (Math. XVIII. 34-35).

Se os medirá con la medida que hayais empleado para los demás, dice Jesucristo: *In qua mensura mensi fueritis, remittetur vobis*. (Math. VII. 2).

Un juicio sin misericordia guarda al que no ha hecho misericordia, dice el apóstol Santiago: *Judicium sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam*. (II. 13).

El que quiere vengarse, dice el Eclesiástico, encontrará la venganza del Señor, quien tendrá presentes los pecados cometidos: *Qui vindicari vult, á Domino inveniet vindictam; et peccata illius servans servabit*. (XXVIII. 1).

Perdona á tu prójimo que te daña, añade el Eclesiástico; y cuando ores, tus pecados te serán perdonados: *Relinque proximo nocenti te; et tunc, deprecanti tibi peccata solventur*. (XXVIII. 2).

Dios no perdona á quien no perdona á su prójimo: el odio es, pues, un crimen...

Si conservamos rencor, pronunciamos nuestra condenación en la oración dominical que recitamos cada día. Señor, decimos, perdonadnos nuestras culpas, como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido: *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*. (Math. VI. 12). Así pues, si nosotros no perdonamos, Señor, no nos perdoneis. Mal servidor, te juzgo por tus propias palabras, dice Jesucristo: *Ex ore tuo te judico, serve nequam*. (Math. XVIII. 32).

Dios obrará respecto de nosotros como nosotros hacemos obrado con el prójimo.

El que no perdona se condena así mismo.

(1) Si quis dixerit quoniam diligit Deum, et fratrem suum odit, mendax est. Qui enim non diligit fratrem suum, quem videt; Deum, quem non videt, quomodo potest diligere? (I. IV. 20.)

Nadie que tenga enemistades tenga bastante audacia para acercarse á Dios y orar, dice S. Crisóstomo: *Nemo adeo audax sit, ut, inimicitias exercens, ad Deum pergat orandum.* (Moral).

El hombre, dice el Eclesiástico, conserva su ira contra el hombre; y pide á Dios su curación! ¡No tiene lástima de un hombre semejante á sí mismo; é intercede por sus propios pecados! ¡El que no es más que carne, guarda su ira; é implora la clemencia de Dios! ¿Quién orará por los pecados que ha cometido? (1).

El ódio se compara con justicia á la abeja, que, para vengarse, introduce su aguijón en el cuerpo de lo que persigue, y no pudiendo sacarlo, pierde el aguijón y la vida. Así es que el que se niega á perdonar, murmura, hace ruido, se agita, y para vengarse y herir á su prójimo se hiera é sí mismo el primero, matando su alma con el pecado mortal. El Real Profeta tenía á la vista esta semejanza, cuando decía: Se han arrojado sobre mí como un enjambre de abejas: *Circumderunt me sicut apes.* (CXVII. 12).

Ceguedad y malicia del que se niega á perdonar.

¡Cuán apartados están de la virtud, madre del perdón, la mayor parte de los hombres! decía el bienaventurado Tomás Moro. Muchos de ellos escriben los beneficios en la arena, y graban las ofensas en el mármol: *Quam longe ab hac virtute abstet cuius hominum! Beneficia pulveri, maleficia marmoris insculpunt!* (In ejus vita).

El que dice que está en la luz (de la razón, del Evangelio, de la fe, de la gracia), y aborrece á su hermano, está aún en las tinieblas, dice el apóstol S. Juan. El que ama á su hermano (y le perdona sus ofensas), vive en la luz, y no hay en él motivo de caída. Pero el que aborrece á su hermano, está en las tinieblas, y anda en las tinieblas, y no sabe á dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos (2).

Si habeis empezado á ser hombre de luz, dice S. Cipriano, conducidos como corresponde á un discípulo de Cristo, pues él Cristo, es luz y día. ¿Por qué, abandonándoos á la ceguedad del ódio, apagáis en vosotros toda luz de paz y caridad? ¿Por qué volveis al demonio, á quien habiais renunciado? ¿Por qué os pareceis á Caín? (3).

Así como el que tiene la caridad tiene á Dios dentro de sí mismo, el que tiene el ódio tiene al demonio, dice S. Basilio: *Sicut, qui caritatem habet, Deum in se habet; ita, qui odium habet, demonium in se continet.* (Homil. in Epist. S. Joann.)

El que aborrece á su hermano, anda en las tinieblas, y no sabe á dónde va. Pues, sin saberlo, va al infierno, añade S. Cipriano. Ignorante y ciego, corre

(1) Homo homini reservat iram; et a Deo querit medelam! In hominem similem sibi non habet misericordiam; et de peccatis suis deprecatur! Ipse, cum caro sit, reservat iram; et propitiationem petit a Deo! Quis exorabit pro delictis illius? (XXVIII 3-5).

(2) Qui dicit se in luce esse, et fratrem suum odit, in tenebris est usque adhuc. Qui diligit fratrem suum, in lumine manet, et scandalum in eo non est. Qui autem odit fratrem suum, in tenebris est, et in tenebris ambulat, et nescit quia vadit, quia tenebre obcaecaverunt oculos eius. (I. II. 9-11).

(3) Si homo lucis esse corpisti, quæ sunt Christi, gere; quia lux et dies Christus est. Quid invidia cæcitate, omni pacis et caritatis lumen extinguisti? Quid ad diabolum, cui renuntiaveras, redisti? Quid Cain similis existis? (De Unit. Eccles.).

al castigo, y todo porque se aleja de la luz de Cristo, que le advierte y le dice: Soy la luz del mundo; el que me sigue, no anda en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (1).

Cierto es que no hay vicio que extravíe tanto la razón y haga tan malo al hombre, como la ira, la envidia y el ódio...

Son la ceguedad espiritual y la perversidad del corazón las verdaderas causas de las injurias que se cometen y de que se niegue el perdón de las que se han recibido.

Veamos lo que dice Aristóteles: Así como un estómago débil, dice, no puede digerir alimentos más pesados que aquellos á que está acostumbrado, un espíritu débil y bajo no puede tampoco sufrir una palabra algo dura: *sicut enim debilis stomachi est cibum duriorum non posse concoquere; ita pusillanimi est verbum duriusculum non posse sustinere.* (Lib. IV. c. III).

Hay vergüenza y debilidad en no perdonar y en vengarse.

¡Qué! dice S. Agustín, tantos hombres, mujeres, niños y nobles y delicadas vírgenes, han sufrido con ánimo sereno ser arrojados al fuego y expuestos á las fieras. ¡Y decimos nosotros que no podemos sufrir las injurias de los hombres! No puedo comprender con qué frente, con qué conciencia deseamos participar en compañía de todos los Santos, en la eterna bienaventuranza, nosotros que nos negamos á imitar su ejemplo en las cosas más insignificantes (2).

Ser fuerte para dañar, es tener el poder de la peste, dice Séneca: *Pestiferæ vis est valere ad nocendum.* (Lib. I. de Clement.)

Queriendo manifestar que no merece una injuria, el que se irrita en seguida, prueba que la merece, dice S. Ambrosio. Así pues, el que desprecia una injuria es más digno de estimación que el que se queja de ella; porque el que la desprecia prescinde de ella como si no la sintiese, en tanto que el que de ella se queja da á conocer que ha sido su tormento (3).

En las injurias y ultrajes, el vencedor es más débil y miserable que el vencido, dice S. Basilio; pues sale de la lucha más cargado de faltas... (*Regul. Brevior.* CLXXVI).

Más vale, dice S. Gregorio Nazianceno, ser vencido, conservando la decencia, que vencer con peligro é injusticia. Los que aman las contiendas, buscan su gloria en una cosa evidentemente mala, y se glorían de su deshonor (4).

(1) Ille enim nescius in gehennam, ignarus et cæcus in penam, recedens, scilicet, a Christi lumine, momentis et dicente: Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite. (De Unit. Eccles.).

(2) Tot viri, tot mulieres, pueri, tante et tam delicate puellæ, flammæ, et ignes, et bestias æquanimiter pertulerunt; et nos hominum convicia dicimus tolerare non posse! Unde nescio, quæ fronte, nec quæ conscientia, cum omnibus Sanctis partem in altera beatitudine habere desideramus, quorum exempla sequi in rebus minimis non acquiescimus! (Serm. LXI de Temp.).

(3) Is qui cito injuria movetur, facit se dignum oideri contumelia, dum vult ea indignus probari. Mellior est itaque, qui contemnit injuriam, quam qui dolet: qui enim contemnit, quasi non sentiat, ita despicit; qui autem dolet, quasi sentiat, loquitur. (Lib. I Offic., c. XXVI).

(4) Præstat honeste vinci, quam periculosè et injuste vincere. Qui ingenio sunt bellicosos, gloriam suam ex publico malo venantur, et dedecore suo gloriantur. (In Distich.).

El hombre impaciente, rencoroso y vengativo, es tan débil, que es vencido: 1.º por una injuria...; 2.º por el que se la dirige...; 3.º por la ira...; 4.º por el demonio...; 5.º por los testigos de su cobardía que le vituperan y condenan...; 6.º por Dios, que le abandona y le destina á sufrir penas eternas...

Nadie es más fuerte que el que está resuelto á sufrirlo todo, dice S. Gregorio Nazianceno. Pero tampoco nadie es más débil y cobarde que el que nada puede sufrir, ni siquiera una palabra. (*Distich.*)

Si os irritáis contra el que os injuria, dice S. Basilio, probáis que merecís el ultraje que os ha hecho. Pues ¿qué cosa más insensata que la ira? Pero, si tenéis calma, cubrís de vergüenza al que os insulta (1).

¡Oh! Dios insultado, se porta de una manera muy diferente, que los hombres. El hombre prepara la venganza; Dios prepara el perdón y la reconciliación. El hombre se irrita para perder, y Dios para corregir y salvar. El hombre obedece á la pasión, á la ira y al odio; y Dios obra sin emoción y por razón. El hombre se venga; y Dios ejerce su justicia, su clemencia y su dulzura. El hombre obra pronto y como ciego; y Dios obra con lentitud é inteligencia. El hombre no pesa lo que dice ni lo que hace, y Dios obra con peso y medida...

Castigado y desgraciado es el hombre que no perdona.

Los pensamientos del hombre rencoroso é irritado se parecen á las víboras, que roen las entrañas de su misma madre, dice S. Jerónimo; *Irati hominis cogitationes partus sunt viperae, viscera matris corrodescentes.* (Epist.)

El hombre que insulta y el que no puede sufrir el ultraje, ambos están atormentados por la injuria, la ira, la envidia, el odio y los proyectos de venganza; son aborrecidos de Dios y de los hombres...

Despreciando los hombres rencorosos la humildad, dice S. Agustín, quieren vengarse: como si el mal de otros pudiera serles útil. El que ha sido ofendido, quiere vengarse, busca aplacar su pena con el mal de otro; y consigue gran tormento. Creéis que es mucho vengaros de vuestro enemigo; pero, si queréis absolutamente una venganza, volveos contra vuestra ira, que es vuestra verdadera enemiga y mala vuestra alma. Por esto debéis orar á Dios para que extinga, no á vuestro enemigo, sino vuestra enemistad, obrar así es una santa venganza (2).

Vengarse proporcionándonos un placer cruel, es imitar á los malignos espíritus que nos hacen todo el mal que pueden por pura perversidad. Pero, como el vano placer, que encuentran en perseguirnos y en hacernos desgraciados no dulcifica sus suplicios, el placer que el hombre vengativo saca del odio y de la venganza no dulcifica tampoco sus males ni sus tormentos, sino que, al contrario, los aumenta...

(1) Si irasceris concivianti, concivia approbasti. Quod enim ira insipientibus? Si vero nihil moveris iram, injuriam facientem potius offensis. (*In Regul. brev. CLXXVII.*)

(2) Cum humiliari designantur, vindicari volunt, quasi pena cuique prodesse possit aliena, Iesus, injuriam passus, vindicari vult; de aliena pena sibi querit medicamentum, et acquirit grande tormentum. Magnum aliquid putas, si te de inimico tuo vindicás; sed, si te vis vindicare de inimico tuo, ad ipsam iram te convertit; quoniam ipsa est inimica tua, que occidit animam tuam. Quare orandus est Deus ut occidat, non inimicum, sed inimicitiam: hæc enim est, sancta vindicta. (*Serm. XLII.*)

No hay hombres tan desgraciados como los que no quieren perdonar. La vista de su enemigo los atormenta, y pensar en él es un suplicio. Si alguno alaba al enemigo, le estima ó le ayuda, es cosa que los pone enfermos de envidia ó de furor; si prospera, su prosperidad los mata. Jamás tienen reposo: su conciencia les fatiga, tienen siempre presentes sus crímenes, la justicia de Dios les persigue, la imagen de su enemigo les acompaña, y el odio y la indignación pública les siguen; se desgarran á sí mismos, como si se aborreciesen, y en una palabra, encuentran el infierno en la tierra...

El que trata de hacer mal á su prójimo, no llega nunca á perjudicarlo, dice S. Crisóstomo; pero se prepara un tesoro de tormentos que no han de acabar jamás. Los hermanos de José le cubrieron de gloria al perseguirle, y se llenaron de ignominia (1).

No os vengéis vosotros mismos, carísimos míos, decía el gran apóstol á los romanos, dejad obrar la ira de Dios, porque está escrito: A mí la venganza; y la cumpliré, dice el Señor; *Non vos defendentes, carissimi, sed date locum iræ, scriptum est enim: Mihi vindicta; ego retribuam, dicit Dominus.* (XII. 19). Pero, continúa el apóstol, si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer; si tiene sed, dadle de beber; porque haciéndolo, amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza: *Sed, si esurierit inimicus tuus, cibi illum; si sitit, potum da illi: hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus.* (Rom. XII. 20). *Dejad obrar la ira de Dios*, es decir, guardad silencio, ceded al hombre arrebatado, sufrid con paciencia sus ofensas, perdonadle, dilatad vuestro corazón para llenarlo de caridad; y si vuestro enemigo no se aprovecha del ejemplo que le dais, tendrá que responder á Dios de su conducta.

A mí me pertenece la venganza, y la cumpliré dice el Señor *Mea est ultio; et ego retribuam.* (Deuter. XXXII. 35).

Por más que hayáis sufrido, dice Platon, jamás debéis insultar ni vengaros: *Nullo modo injuriandum est neque ulciscendum, quicumque ipse passus fueris.* (De Legibus).

No digáis: Me vengaré, esperad en el Señor, que os librará, dicen los Proverbios: *Ne dicas: Reddam malum; expecta Dominum et liberabit te.* (XX. 22). No digáis: Me vengaré; pues devolver mal por mal no es un acto de justicia, sino de venganza; acto prohibido por el derecho y por las leyes. Es preciso rechazar la injuria con el escudo de la paciencia, y no con el dardo de la venganza...

Esperad en el Señor, que os librará. Esto significa que el ofendido debe desear su libertad, pero no el castigo del provocador. Esto quiere también decir que el hombre insultado y herido debe recurrir, no á sus amigos, ni á sí mismo, ni á gente armada, sino á Dios; y no debe ver más que á Dios, poner en él sólo su confianza, y esperar de él su libertad. Debo abrazarse á la cruz con todo su corazón y aplicarla á sus heridas como un remedio eficazísimo. Jesucristo está siempre pronto á venir en auxilio del afligido y del que le invoca,

(1) Qui proximum affligere tentat illi quidem nihil nocet: sibi autem immortalia tormenta thesaurizat. Fratres persequendo Joseph, ipsam gloriam, seipsos ignominiam affererunt. (*In Psal.*)

Homo de dejar á Dios el cuidado de vengaros.

con arreglo á las siguientes palabras del Salmista: Así como el servidor tiene siempre los ojos fijos sobre su dueño y una criada sobre su dueña, tengo mis miradas fijas sobre el Señor nuestro Dios hasta que se apiade de nosotros (1).

Ved con qué atención y perseverancia mira el perro á su amo y está cerca de él cuando come, aguardando con paciencia que le den. Mirad también á Jesús; no le dejéis, y os concederá todas las gracias...

Cuando cae vuestro enemigo, dicen los Proverbios, no os regocijéis de su ruina, y no se entremezca de alegría vuestro corazón. No digáis: Le haré lo que me ha hecho; pues yo, el Señor, daré á cada uno según sus obras (2).

Hemos de perdonar siempre no sólo exteriormente, sino de corazón.

Acercándose Pedro á Jesús: le dijo: Señor: si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces le perdonaré? ¿Hasta siete? Jesús le respondió: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete (3).

No os dejéis vencer por el mal, dice el apóstol de las gentes; triunfad del mal por el bien; *Noli vinci a malo, sed vince in bona malum.* (Rom. XII. 21). No triunfa del mal por el bien el que sólo es bueno en apariencia y es malo en el fondo: el que perdona con la acción y se enmudece en su corazón; el que tiene la mano dulce y la voluntad cruel (4). Tal es el hombre que oculta por hipocresía su odio y sus deseos de venganza. El perdón que no sale del corazón, nada vale, ni tampoco vale el arrepentimiento que no pasa de los labios...

El perdón debe existir á la par en el corazón y manifestarse exteriormente por medio de la reconciliación. El perdón exterior es necesario para edificar al prójimo, y el perdón interior para satisfacer á Dios que sondea los corazones. Perdonar interiormente sin querer perdonar exteriormente es un escándalo; perdonar exteriormente sin perdonar de corazón, es hipocresía.

El que oculta en su corazón el recuerdo de las injurias, dice S. Elren, se parece al que alimenta una serpiente en su seno; se hace más daño á sí mismo que á los demás (5).

Hay, dice S. Agustín, varias clases de obras de misericordia que practicadas nos sirven de poderoso auxilio para obtener el perdón de nuestros pecados; pero no hay ninguna tan grande como el perdonar de todo corazón las ofensas recibidas (6).

(1) Sicut oculi servorum in manibus domini suorum, sicut oculi ancillae in manibus domine suae; ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec miseretur nobis. (CXXII. 2).

(2) Cum ceciderit inimicus tuus, ne gaudeas; et in ruina ejus ne exultet cor tuum. Ne dicas: Quomodo fecit mihi, sic faciam ei; reddam unicuique secundum opus suum. (XXIV. 17-29).

(3) Accedens Petrus ad eum, dixit: Domine: quoties peccabit in me frater meus, et dimittam ei? Usque septies? Dicit illi Jesus: Non dico tibi usque septies, sed usque septuagies septies. (Math. XVIII. 21-22).

(4) Non vincit in bona malum, quia in superficie bonus est, et in alto malus, opere pareus, corde serpivens; manu mitis, voluntate crudelis. (Sentent. CXXLVII).

(5) Qui memoriam injurarum abscondit in corde suo, similis est ei qui in sinu suo serpentem nutrit; utique sibi magis quam aliis nociturum. (De Tim. Dei).

(6) Multa sunt genera miserationum, quae, cum facimus, adjuvamus, ut dimittantur nobis nostra peccata; sed ea nihil est majus qua ex corde dimittimus quae quisque peccavit. (Serm. CCIII. de Temp.).

Avénos pronto con vuestro adversario mientras camináis con él; no sea que vuestro adversario os entregue al juez, y el juez al ejecutor, y seáis encarcelados, dice Jesucristo. En verdad os lo declaro, no saldréis del encierro hasta que hayáis pagado el último dinero (1).

No hemos de diferir el perdón.

Haced que no se ponga el sol sobre vuestra ira, dice S. Pablo: *Sol non occidat super iracundiam vestram.* (Ephes. IV. 26.) Estas palabras significan que hemos de reprimir pronto la ira, y que no debe dejarse aguardar el perdón de las ofensas. Haced que no se ponga el sol, es decir, que Jesucristo, que es el verdadero sol, no desaparezca antes de que hayáis perdonado...

Oíd á S. Agustín: Haced que el sol, dice, no se ponga sobre vuestra ira, para que Jesucristo no abandone vuestra alma; pues Jesucristo no quiere habitar con la ira y el odio. Arrojadlos de vuestro corazón antes que desaparezca la luz visible, á fin de que Jesucristo, que es la luz invisible, no os abandone (2).

Si al ofrecer vuestros dones en el altar, dice Jesucristo, os acordáis de que vuestro hermano tiene algo contra vosotros, dejad vuestro presente delante del altar, é id primero á reconciliaros con vuestro hermano; y despues vendreis á ofrecer vuestro donativo (3). Jesucristo no dice: Si tenéis odio, dejadlo; sino que, si vuestro hermano os tiene tambien algun odio, id los primeros á suplicarle que lo deje. Id allí ántes de hacer la ofrenda de vuestro corazón y de vuestras oraciones á Dios, ántes de entrar en el lugar santo, antes de confesar ó comulgar...

Hemos de dar los primeros pasos de la reconciliación.

Es una ceguedad y una desgracia no tratar de reconciliarse, y no dar tambien los primeros pasos.

Sumergidos en las tinieblas del error, los mundanos miran como vergonzoso y degradante el tomar la delantera; pero se engañan, porque nada es más honorífico que cumplir un acto de virtud heroica, tal como el que de aquí se trata. Hé aquí por qué, aunque sea el menos culpable, y aunque no tenga culpa alguna, el que previene á su adversario y le brinda con la paz, es sin duda alguna estimable, generoso, noble y magnánimo. Vencedor de la ira y del odio, merece elogios, gloria y recompensa, porque aniquila los pensamientos y los proyectos hostiles que existían en sí mismo y el corazón de sus enemigos. Imita á la Divinidad. Dios, infinitamente grande, á quien debemos todo honor y gloria, no previene con su gracia á los pecadores que son sus enemigos? ¿No les advierte, no les insta para que se reconcilien con él y acepten su perdón? ¿No ha enviado con este fin á Jesucristo, único Hijo suyo, según las pala-

(1) Esto consentiens adversario tuo cito dum es in via cum eo; ut forte tradat te adversarius judici, et iudex tradat ministro, et in carcerem mittaris. Amen dico tibi, non exies inde, donec reddas novissimum quadranteum. (Math. v. 25-26).

(2) Sol non occidat super iracundiam vestram, ne Christus deserat mentem tuam; quia non vult Christus habitare cum iracundia. Ejice iram de corde, antequam occidat lux ista visibilis, ne te deserat lux ista invisibilis. (In Psal. XXXVI).

(3) Si offers manus tuas ante altare, et tibi recordatus fueris quis frater tuus habet aliquid adversum te; relinque ibi manus tuam ante altare, et vale prius reconciliari fratri tuo; et tunc veniens offeres munus tuum. (Math. v. 23-24).

bras del apóstol: Dios estaba en el Cristo, reconciliando el mundo para sí? *Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi.* (II. Cor. v. 19). Con su ejemplo, Dios honró y glorificó el acto de reconciliarse con su enemigo y de dar los primeros pasos en este sentido. ¿No fué Jesucristo el primero á recibir á Judas que se presentaba para hacerle traición y entregarle á los verdugos? ¿No le dió el nombre de amigo? ¿Quién se atrevería á crear deshonroso lo que Dios considera muy honorífico?...

Los hombres estúpidos que no tienen religión ni caridad, se figuran que la grandeza de alma, el honor y el carácter consisten en manifestarse intratables ante las ofensas recibidas. Este es un pensamiento y una conducta propias del maligno espíritu y una imitación de sus actos. A consecuencia de la orgullosa terquedad que se niega á adelantarse, se perpetúan las enemistades, los odios y las venganzas entre los pecadores del mundo; ninguno quiere empezar á reconciliarse, ni mucho menos á pedir perdón, aunque sea el primer agresor. Y ordinariamente el más culpable es el que manifiesta más terquedad en dar un paso tan hermoso, tan edificante, tan honorífico y digno de elogio. Que dé mi adversario los primeros pasos, decís; y si vuestro adversario dice lo mismo, moriréis ambos sin haberos reconciliado, hablado ni visto; abandonaréis la tierra con el odio en el corazón, dejando por todo recuerdo un horrible escándalo, y os presentaréis así ante el tribunal de Dios. ¡Ah! estáis ya juzgados y condenados! Entonces no saldréis de las manos del soberano Juez de los vivos y de los muertos antes de haber pagado hasta el último óbolo; pero, no teniendo ya con qué pagar y no pudiendo hacerlo, os veréis detenidos para siempre en el lugar del odio eterno...

El que se reconcilia primero, da prueba de tener una alma liberal, dueña de la ira y del odio, una alma dulce y generosa, y, aun diremos más, una alma celestial y divina.

San Crisóstomo manifiesta de un modo admirable cuán honroso y meritorio es prevenir á nuestro enemigo é invitarle á la reconciliación, siendo este paso un acto de virtud heroica y grandísimo bien para ambos. Así pues, el autor de tan gran bien no es el que es prevenido y rogado, sino el que previene y ruega á su adversario que se reconcilie y perdone. El que se anticipa, dice aquel santo Doctor, tiene todo el mérito y la recompensa de la acción; porque, cuando no abandonáis el odio y la venganza sino después que os han suplicado y se han humillado delante de vosotros, ¿qué mérito tendréis? No es obedeciendo á Dios como habeis cumplido la ley del perdón, sino dispensando gracia (1).

¿No fué el primero Jesucristo para llamarnos á su regazo, reconciliarnos y perdonarnos? Y sin embargo, era inocente; y nosotros éramos culpables, y muy culpables. No puede llamarse cristiano ni discípulo de Jesucristo sino el que imite al Salvador y dé los primeros pasos...

Sólo es propio de una alma pequeña y mezquina mantener enemistades; y por el contrario, hacerlas desaparecer es propio de una alma grande y ele-

(1) Qui enim prior venit, is totum iurum anticipat. Si enim ab alio exoratus, iram relinquit, illi imputatur, cuius precibus impetratum est. Non enim Deo obtemperans, sed illi gratificans, legem adimplevisti. (Homil. ad pop.)

vada. Por esto Moisés, al pedir á Dios que perdonase á los judíos rebeldes, pronunció estas notables palabras: Aparezca la fuerza del Señor en toda su gloria, como lo jurasteis cuando dijisteis: El Señor es paciente y rico en misericordia; horra las iniquidades y los crímenes. Perdonad, os lo ruego, el pecado de este pueblo, según la grandeza de vuestra misericordia (1).

PRIMER MOTIVO: Hemos ultrajado á Dios mil veces más de lo que nos han ultrajado; y por lo mismo tenemos una necesidad inmensa de que Dios nos perdone... Pero Dios no nos perdona sino con la condición de que nosotros también perdonemos; debemos, pues, perdonar...

Motivos que obligan á perdonar.

SEGUNDO MOTIVO: Nuestra debilidad. No hay crimen cometido que no pueda cometer cualquier hombre, si le abandona Dios, que nos ha creado y nos dirige, dice S. Agustín: *Nullum est peccatum, quod fecit homo, quod non possit facere alter homo, si desit Rector, á quo factus est homo.* (Soliq., c. XV). Seamos, pues, indulgentes para los que nos ofenden.

TERCER MOTIVO: Nuestro parentesco en Adán y Jesucristo. Recordemos que somos miembros unos de otros, dice S. Pablo: *Sumus invicem membra.* (Ephes. IV. 25).

OTROS MOTIVOS: Todos somos, 1.º creados á imagen de Dios..., 2.º hijos de Dios..., 3.º rescatados con la sangre de Jesucristo..., 4.º miembros de Jesucristo..., 5.º hijos de la misma Iglesia..., 6.º hermanos en Adán, en Jesucristo y en la Iglesia..., 7.º destinados para el Cielo..., 8.º salidos del mismo origen, y todos mortales, siendo bajo este concepto perfectamente iguales... 9.º Tenemos necesidad de indulgencia, por ser débiles y pecadores... 10. El formal precepto de Dios no exceptúa á nadie..., 11. El perdón es el precio de nuestra salvación y de nuestra felicidad eterna...

Sufrimos fácilmente las injurias, cuando examinamos en el fondo de nuestra conciencia los pecados cometidos y vemos que las hemos merecido mayores, dice S. Gregorio: *Tunc illata convicia bene toleramus, cum in secreto mentis ad mala perpetrata recurrimus, et majora nos meritis videmus.* (Moral., lib. XXXI, c. XVII).

Hemos de decir con un corazón contrito y humillado: He ofendido á Dios mortalmente; he merecido sufrir durante toda la eternidad, y ser insultado, despreciado y atormentado en el infierno: ¿no sufriré con resignación una palabra, un pequeño desprecio de uno de mis semejantes?... Si se supiere todo lo que he cometido, mucho más se diría y se haría... Esta injuria, esta afrenta no es la milésima parte de lo que merezco...

Todas las injurias que pueden dirigirnos, nada son si las comparamos con lo que merecemos, añade S. Gregorio. Por esto más bien merecen reconocimiento que ira (2).

Hay otros dos poderosos motivos que nos obligan á perdonar: el primero

(1) Magellactur ergo fortitudo Domini, sicut jurasti, dicens: Dominus patiens, et multae misericordiae, autrens iniquitatum et scelera. Dimitte, obsecro, peccatum populi hujus secundum magnitudinem misericordiae tuae. (Num. XIV. 17-19.)

(2) Leve quippe videtur quod injuria percutimur, dum in actione nostra perspicimus, qui pejus est quod mereamur; sicque fit ut continetis gratia magis quam ira debeat. (Moral., lib. XXXI, c. XVII.)

es la suerte del hombre que no perdona, atormentado por su conciencia, aborrecido de Dios y de los hombres, y maldice por el Cielo y la tierra...; el segundo es la felicidad que experimenta el que sabe perdonar generosamente, pues tiene la paz del corazón, la tranquilidad de la conciencia, es amado y honrado, bendecido de Dios y de los hombres, pasa una vida feliz, tiene la muerte de los justos, y se asegura la posesión del Cielo...

Hemos de perdonar mutuamente.

Es menester que os desprendáis de toda amargura, ira, indignación, clamor y distracción y de toda malicia, dice S. Pablo á los éseos. Sed buenos y misericordiosos unos para con otros, perdonándoos mutuamente, como Dios os ha perdonado en Jesucristo (1).

¡O sublime y divina moral! ¡Cuán dichoso sería el universo, si se observase!

Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos suyos predilectos, continúa el gran apóstol, y marchad en el amor, siguiendo las huellas de Cristo que nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros en oblación á Dios y en hostia de suave olor (2).

Tened una caridad abundante, escribe á los tesalonicenses; conservad la paz entre vosotros. Os lo suplicamos: reprended á los turbulentos, consolad á los abatidos, sostened á los débiles, y sed pacientes con todos. Tened cuidado que nadie devuelva á otro mal por mal; buscad siempre, por el contrario, el bien los unos de los otros, y de todos. Os encarezco por el Señor que esta carta sea leída á todos los hermanos. La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros (3).

¿Por qué hemos de ofendernos unos á otros? dice S. Crisóstomo. ¿Por qué hemos de luchar? ¿No se nos ha mandado que nos amemos todos, y hasta á nuestros más mortales enemigos? (Moral).

Pretextos que se alegan para no perdonar y no reconciliarse.

1.º No quiero perdonar...; 2.º no puedo...; 3.º yo he sido el insultado...; 4.º no había dado ocasión...; 5.º mi honra está comprometida...; 6.º se reirían de mí...; 7.º la injuria es demasiado grande...; 8.º mi adversario es un hombre perverso...; 9.º si perdono, volverá á empezar...; 10. ha tratado de arrebatarme lo que tengo...; 11. ha atacado mi reputación...; 12. ha atentado contra mi vida...; 13. que á lo menos dé él los primeros pasos...; 14. le perdono; pero no quiero verle ni hablarle...; 15. le hablaré, pero conservaré mi rencor...

Todas estas quejas, todos estos pretextos, todos estos acomodamientos no tienen fuerza alguna ante lo que ya hemos dicho.

(1) Omnis amaritudo, et ira, et indignatio, et clamor, et blasphemia tollatur a vobis, cum omni malitia. Estote autem invicem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Deus in Christo donavit vobis. (IV. 31-32).

(2) Estote ergo imitatores Dei, sicut filii carissimi: et ambulat in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis. (Ephes. v. 1-2).

(3) Rogamus vos ut habeatis illos in caritate... pacem habetis cum eis... Rogamus vos, corripite inquietos, consolamini pusillanimes, suscipite infirmos, patientes estote ad omnes. Videte ne quis malum pro malo alicui reddat; sed semper, quod bonum est, sectamini in invicem, et in omnes. Adjuvo vos per Dominum, ut legatur epistola hæc omnibus fratribus. Gratia Domini nostri Jesu Christi vobiscum. (I. v. 12-15-27-28).

Amad á vuestros enemigos, dice Jesucristo, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os calumnian: Diligite inimicos vestros; benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persecutantibus et calumniantibus vos. (Math. v. 44). Así se vengó Jesucristo. ¡Oh, esta venganza es hermosa, sublime y divina!...

Verdadero modo de vengarnos noble, victoriosa y santamente.

Si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer, como dice S. Pablo; si tiene sed, dadle de beber. Porque, haciéndolo así, amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza: Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si silit, potum da illi. Hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus. (Rom. XII. 20). Vuestro enemigo será confundido; se avergonzará de su conducta, y cambiará. Amontonareis carbones encendidos sobre su cabeza, es decir, amontonaréis sobre su cabeza el fuego de la caridad y del amor...

El que obedece al odio y se venga, no es vencedor de su enemigo, es vencido. Porque, como dice Tertuliano, el que os hiero, lo hace para haceros sufrir, siendo vuestro dolor el fruto que quiere recoger. Así pues, cuando burlais su esperanza no pronunciando ninguna queja, él es quien sufre por no haber conseguido su objeto. Así es que no sólo os retirareis sin herida, sino también con el placer de haber burlado el intento de vuestro adversario y de haberos librado de todo sufrimiento (1).

Así como el fuego apaga el agua, la paciencia y la bondad apaciguan el odio y la sed de venganza.

Así como una bala de cañón pierde su fuerza si da contra un saco lleno de lana, las injurias se detienen ante la mansedumbre.

Si quereis vivir felices y vengaros noblemente de vuestro enemigo, dice el abate Agalon, sed semejantes á una esclava, que no se irrita cuando la insultan, ni se enorgullece cuando la alaban. (Vit. Patr., lib. VII., c. XLIII).

El eco, dice S. Basilio, no repite tan bien un grito al que lo ha dado, como la injuria recae sobre su autor, si se recibe con paciencia. (Serm. contra irascens.)

Cuando experimentamos un ultraje, es menester armarnos de paciencia, de calma, de dulzura, de resignación y de esperanza en Dios; pues por estos medios triunfaremos de la injuria de su autor, de nosotros mismos, del demonio, y en cierto modo de Dios, al que arrebatamos las recompensas celestiales...

Las injurias y las alretras se estrellan ante la dulzura, dice S. Gregorio de Nicea. (Serm. XLII).

Debeos rogar á Dios, que destruya, no al que nos insulta, sino el pecado, que resulta de nuestras ofensas y de nuestro odio...

El odio se domina con las armas de la caridad. ¡Dichosa y segura victorial Preguntaban á S. Doroteo qué medio era conveniente adoptar para sobreponerse á las injurias y no irritarse.— Si os despreciais á vosotros mismos,

(1) Idcirco, qui te læsit, ut dolens; qui fructus hœditis in dolore læsi est. Ergo, cum fructum ejus everteris non dolendo, ipsi doleat necesse est, amissione fructus aut. Tunc tu, non modo illæsus abibis, sed insuper et adversarii tui frustratione delectatus, et dolore defensus. (De Patient., c. VIII).

contestó aquel piadoso cenobita, no experimentaréis turbación alguna: *Si te ipsum contempseris, non perturbaberis.* (Vit. Patr.)

Si se os injuria, si se os insulta, cerrad la boca, dice S. Crisóstomo; pues así cortaréis aquella especie de corriente. Ya veis lo que sucede en un edificio cuando tiene abiertas dos puertas opuestas, y se establece una gran corriente de aire. Si se cierra una de las puertas, se quita toda fuerza al soplo que antes incomodaba. En el caso presente, también se pueden considerar dos puertas, vuestra boca y la del que os insulta (1).

Enumeración de los nueve grados de amor de los enemigos, que son otros tantos medios de perdonar.

San Crisóstomo indica nueve grados en el amor de los enemigos: el primero consiste en no tratar de perjudicarles...; el segundo en no rechazar con la injuria la injuria que dirigen...; el tercero en no perder la calma...; el cuarto en no huir de las afrentas...; el quinto en aceptar voluntariamente un ultraje mayor que el que se nos haya inferido...; el sexto en no aborrecer al que injuria...; el séptimo en amarle...; el octavo en colmarle con gusto de beneficios...; el noveno en rogar á Dios por él. (Homil. XVIII).

(1) *Conviatius est quisquam? vituperavit? Tu claudes os tuum; si enim illud aperueris, concitabis magis ventum hunc. Nunc vides in aedibus, quando directe dum janua opposita sunt, et flatus vehemens irruerit; si alteram clauseris, nihil valeat effluere flatus. Ita et hic dux sunt januae, os tuum, et os illius.* (Homil. II. in I. ad Thess.)

PEREZA.

UN padre de familia, dice Jesucristo, salió muy temprano, á fin de tomar á unos mozos de labranza para su viña. Y habiendo salido de nuevo á la hora tercera, vió á otros que estaban también ociosos en la plaza. Salió otra vez á la hora sexta y á la nona. Y habiendo finalmente salido á la hora undécima, encontró á otros que aún estaban allí mano sobre mano, y les dijo: ¿Por qué estais aquí todo el día sin hacer nada? *Quid hic statis tota die otiosi?* (Math. XXI. 1-3-5-6). Este es el retrato de los perezosos que pasan todo el día en la inacción.

Salomon pinta en pocas palabras la vida del perezoso: Dormiréis á ratos, le dice, dormiréis á ratos y á ratos cruzaréis los brazos para dormir: *Paululum dormies, paululum dormitabis, paululum conseres manus ut dormias.* El perezoso quiere y no quiere, dice en otra parte: *Vult et non vult piger.* (XIII. 4).

Hay tres modos de no hacer nada: 1.º estar ociosos...; 2.º no hacer lo que debiera hacerse, ó hacer lo que no debiera hacerse...; 3.º hacer mal lo que se haga...

La vida del perezoso no sirve para nada, y por tanto es el perezoso indigno de la existencia...

Los perezosos son árboles silvestres estériles y secos que inútilmente ocupan la tierra... Puede compararse una vida ociosa á un árbol sin raíces. Los perezosos no son buenos para nada; son móstruos en la sociedad.

La ociosidad, dice Temístocles, es la sepultura del hombre en vida: *Otiium est vivi hominis sepultura.* (Plutarch. Vit. illust. vir.) Séneca expresa el mismo pensamiento (Prov.) Demetrio califica de mar muerto la vida ociosa: *Vita otiosa mare mortuum.* (Epist. LXVII).

En vez de hacer valer el talento que había recibido, el criado perezoso de que habla el Evangelio lo ocultó en la tierra. Su dueño, que le pedía cuenta de él, le dijo: Servidor malo y perezoso, debieras haberte aprovechado de aquel talento. Luego, dirigiéndose á sus demás criados, añadió: Recogédselo, y dadlo al que tiene diez talentos; pues se dará al que tiene y estará en la abundancia; pero al que no tiene se le quitará hasta lo que parece tener. (Math. XXV): Se quitará al que no tiene, es decir, al que no emplea su talento...

El que ahora, por cobardía y por pereza no quiere obrar bien, dice S. Gregorio, mendigará la vida eterna, cuando el Sol de justicia se levante en todo su esplendor para juzgar; pero se le negará: *Qui nunc propter pavorem mentis atque torporem bene operari negligit; cum Sol justitiae in iudicio claruerit, mendicabit vitam, sed non accipiet.* (Moral.)

Si está lleno de los bienes de la tierra, el perezoso se parece al hombre de que habla el Apocalipsis y á quien el Señor dirige aquellas palabras: Decis: Soy rico y opulento, y no necesito de nadie, y sabes que eres miserable y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo; *Decis quod dives sum, et locupletatus, et*